



Celebrando la Sagrada Liturgia de la Santa Misa: Revisión de las nuevas Normas Diocesanas —Parte VI

Al decir el gran Amén, la Plegaria Eucarística concluye y la liturgia sigue con el Rito de la Comunión, la culminación de la cena del sacrificio del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo. El Rito de la Comunión comienza con la invitación del sacerdote a todos los fieles a unirse en la oración que el mismo Jesús nos enseñó: El Padre Nuestro.

Mientras nos unimos para decir o cantar el Padre Nuestro, nos unimos como los seguidores de Cristo que han orado a lo largo de los siglos en las palabras que Jesús les enseñó a los Apóstoles. A pesar de que se ha hecho común en algunas parroquias de tomarse las manos durante el Padre Nuestro, este gesto no es parte de la Tradición de la Iglesia, puesto que recibir la Sagrada Comunión es el verdadero gesto de nuestra unidad con el Cuerpo de Cristo.

Danos el pan de cada día

Debido a que estamos tan familiarizados con el Padre Nuestro, a veces no reflexionamos en cuán oportunas son esas palabras en nuestra preparación para recibir la Sagrada Comunión. Cuando decimos “el pan de cada día,” oramos no solo por alimento para nuestros cuerpos, pero también por el indiscutible don del propio hijo de Dios, el Pan Celestial. Además oramos para tener la disposición más adecuada al recibir la Sagrada Comunión, mientras le pedimos a Dios que “perdone nuestras ofensas” a cambio por la ayuda de perdonarnos.

Oramos para que nos libere del pecado en la oración del sacerdote: “líbranos, Señor.” Esta oración hace eco en las palabras según San Pablo a Tito (2:13) y enfoca nuestros pensamientos hacia el cielo “mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador, Jesucristo” La asamblea responde con la doxología: “Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.”

El sacerdote entonces se dispone a orar para que Jesús no se fije en nuestros pecados, sino en la fe de la Iglesia y nos de paz. El sacerdote

extiende un saludo de paz para todos, y luego el sacerdote o (el diácono), nos invita a compartir la señal de la Paz de Cristo con todos los demás. También es una señal de compromiso con nosotros mismos para trabajar por la paz de Dios para que reine en cada uno de los corazones y en todas las comunidades. Ofrecemos así un apretón de manos, un abrazo, o damos un simple saludo de paz, de acuerdo con las costumbres locales. Sin embargo, éste no es momento para socializar o para intercambiar otra clase de saludo informal.

El Cuerpo de Cristo, partido por nosotros

Cuando comienza el canto del *Agnus Dei* (*Cordero de Dios*) el sacerdote realiza el acto de la fracción del pan, el Cuerpo de Cristo que fue partido en la cruz por nosotros. Después de la fracción de la hostia, se coloca un fragmento en el cáliz que contiene la Preciosa Sangre y mantener ésta antigua tradición.

Al concluir el Cordero de Dios, nos arrodillamos en adoración ante la presencia real de Cristo en la Eucaristía, como preparación final para recibir la Sagrada Comunión. El sacerdote hace una genuflexión y coloca la Sagrada Hostia sobre la patena y dice: “Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Dichosos los invitados a la cena del Señor” Somos concientes de que no somos merecedores de recibir el don de la Sagrada Comunión, y oramos junto con el sacerdote: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme”

El canto de Comunión o (antífona) comienza cuando el celebrante recibe la Sagrada Comunión. Así como lo establecen las Normas Generales Diocesanas de la Sagrada Liturgia de la Santa Misa, este canto en alabanza a Dios por su don sagrado también sirve “para demostrar un espíritu de comunión entre los comunicantes a través de la unión de las voces, para expresar la alegría de los corazones, y señalar con claridad la naturaleza comunitaria de la

procesión de la comunión” Mientras avanzamos en la procesión, es importante recordar que nadie “toma” la Sagrada Comunión; La Sangre y el Cuerpo de Cristo son dones de Dios para nosotros, un don que solo podemos recibir con gratitud, humildad y reverencia.

La invitación de Jesús

Cuando recibimos el don sagrado del Cuerpo y la Sangre de Cristo, respondemos con el deseo de Cristo de ser uno con nosotros y nuestra celebración Eucarística se completa. Aquellos que no pueden recibir la Sagrada Comunión pueden recibir la comunión espiritual con el Señor en este momento.

La enseñanza de la Iglesia dice que Cristo está presente en el Cuerpo, la Sangre, y en cada una de las especies sagradas, como el pan o el vino. Aquellos que por cualquier razón, solo reciban la Sagrada Comunión o la Sangre de Cristo, aún pueden recibir la presencia real de Cristo.

Nuestra postura normal en los Estados Unidos para la recepción de la Sagrada Comunión es de pie (aunque a nadie se le negará la Sagrada Comunión si se arrodilla.) Antes de recibir la Sagrada eucaristía, bien sea en la mano o en la lengua, inclinamos nuestra cabeza ante el sacramento en señal de reverencia y profesamos nuestra fe en presencia real diciendo “Amén” cuando nos ofrecen el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

Momento de profunda reverencia

El momento de recibir la Sagrada Comunión

es muy solemne. Una vez que recibimos la Sagrada Comunión, regresamos a nuestros lugares en la asamblea. En señal de unidad, nos quedamos levantados para cantar el canto de Comunión hasta que todos hayan recibido la Sagrada Comunión. Aquellos que por decisión propia necesiten sentarse, lo arrodillarse pueden hacer.

“La Iglesia vive del Cristo Eucarístico; de Él se alimenta y por Él es iluminada. La Eucaristía es misterio de fe y, al mismo tiempo, "misterio de luz". Cada vez que la Iglesia la celebra, los fieles pueden revivir de algún modo la experiencia de los dos discípulos de Emaús: “Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero él desapareció.” (Lc 24:31)

-Juan Pablo II, Ecclesia Eucaristía, n.6

Cuando termina con la distribución de la Sagrada Comunión, con el canto o la antífona, las hostias restantes deben ser colocadas en el tabernáculo, y si queda algo de la Preciosa Sangre, ésta debe ser consumida. Los vasos sagrados son purificados inmediatamente o después de la Sagrada Misa por el sacerdote, el diácono, o el acolito instituido. Luego, la asamblea realiza un periodo de silencio en adoración o para la oración personal.

Que el don de Dios de frutos

El periodo después de la comunión puede incluir el canto de un salmo o un canto de alabanza, en caso de no haber realizado

ningún canto de comunión. Al momento indicado, nos ponemos de pie con el sacerdote para realizar la Oración después de la Comunión, en la cual el sacerdote pide a Dios que la Sagrada Eucaristía de frutos en nuestras vidas.